

## «Castilla habla»

(Comentarios a un libro de Miguel Delibes) <sup>1</sup>

Manuel ALVAR  
Real Academia Española

Estamos acostumbrados a la clasificación de manual. Aquí esto, ahí eso, allí aquello. O con pronombres personales yo soy, tú eres, él es. Pero la comodidad no quiere decir acierto. El novelista, sin dejar de serlo, puede merecer otros títulos. Diría más, es necesario que los tenga si quiere ser un buen novelista. Porque el novelista escribe historias y esas historias —si dan en el clavo— son algo más que la vida de un personaje. Sutil y debatida cuestión: Unamuno dio un corte de estilete y puso a un lado las circunstancias y al otro las descarnadas historias de pasión. Habían hecho las *nivolas* <sup>2</sup>. ¿Acierto? ¿Desacuerdo? Si la fórmula fuera ésta, todo el mundo leería las novelas de Unamuno, y nadie las lee. Fue el dictamen de Baroja <sup>3</sup>, pero don Pío tenía su técnica y era comprensible que las otras no le gustaran. Lo que no quiere decir que el diagnóstico fuera cierto. Miguel Delibes ha hecho algo de lo que preconizó Unamuno: ha reunido un manojo de circunstancias externas (paisajes, quehaceres, gentes que narran) y ha creado un libro. Apasionante donde los haya, dramático como el que más de los suyos, angustioso con un reverdecer de ansias españolas. Pero lo ha hecho por un procedimiento distinto que Unamuno: para don Miguel, *Niebla*, *Nada menos que todo un hombre*, *San Manuel Bueno* estaban en un platillo de la balanza; *Andanzas y visiones españolas*, *Por tierras de Portugal y España*, *Paisajes del alma* (o como él los hubiera bautizado), en el otro. Miguel Delibes procede de modo distinto: tras habernos dado una buena gavilla de novelas, unas más tradicionales y otras menos, nos regala un libro que no es novela, ni historia de pasión, ni paisaje y que, sin embargo, es un libro de andanzas y visiones, de sociología y de psicología, de antropología y de dialectología. Algo que hará feliz a más de un loco de hoy que

---

<sup>1</sup> Miguel DELIBES: *Castilla habla* (Barcelona, 1986). Escribí unas páginas sobre la obra, que publicó la Fundación Juan March, pero eran —sólo— un brevísimo comentario. Retomo el asunto y le doy un sesgo totalmente distinto.

<sup>2</sup> Vid. *Andanzas y visiones españolas*. Col. Austral, n.º 160, p. 9.

<sup>3</sup> *El escritor según él y según los críticos*, p. 118.

no vacilará en colgarle un marbete pedante y horrendo (si ambas cosas no son una sola y, además, mutuamente solidarias): interdisciplinar. Volveré sobre esto, pero quiero no dejar suelto ningún cabo: Delibes nos da el sustento de muchas de sus páginas contando estas vidas con las que se ha cruzado o a las que ha buscado con deliberación, que todo es posible y todo lícito, si lo que se logra es un libro como éste. Muchas de estas páginas podrían estar en *Los santos inocentes*, o en la *Parábola del náufrago*, o en *El disputado voto del señor Cayo*, o en los *Diarios*, o en otra serie de *oes* que ha dedicado a cazadores, pescadores, tramperos y otros personajes que viven en y de la naturaleza. Salgo al paso: esto no es un «carnet» de escritor, como los que conocemos al uso, y alguno, como el de W. Somerset Maugham, gozó de buenas andanzas por la España de los cincuenta <sup>4</sup> y que, en cierto modo, se relacionarían mejor con ciertas páginas de *Por esos mundos*, *Un año de mi vida* o *USA y yo*. Salvemos lo mucho que hay que salvar, pero nos valga la referencia aproximativa. *Castilla habla* es una frondosa támara desgajada del árbol de las novelas, pero he dicho que es un libro apasionante, dramático y angustioso. Y si añadiera cuanto creo, tendría por mermadas esas caracterizaciones, pues, para mí, es mucho más que todo ello, según podremos ir deduciendo de la triple andadura que me he marcado.

Porque la pasión está en el amor que el hombre Delibes pone en las criaturas a las que trata y en los paisajes que describe. Sin querer ha caído en la tesis hegeliana: «En el mundo, sin pasión no se hace nada grande.» Delibes ha buscado esas criaturas para transmitirnoslas y, a través de sus pequeñas o grandes peripecias, nos ha dado la visión del mundo. Nos asalta el 98: la única forma de entender la historia universal es encerrarse en una minúscula aldea; las cosas, en su puesto, cobran su total sentido <sup>5</sup>. No hay grandezas ni miserias; la lejanía inicia en el valor absoluto al que llamamos relatividad. El libro es la intrahistoria de esta Castilla <sup>6</sup>, por la que el señor Miguel —como respetuosamente lo llama más de una de aquellas criaturas— camina al paio de recuas y molineros, de trapenses y capadores, de caracoleros y colmeros. Son hombres y mujeres que nacen, crecen, aman y un día se mueren sin dejar ni voces ni gritos, si estas páginas no hubieran existido. Ya tenemos el por qué de la pasión y por qué de este libro es más de lo que he dicho en mi primer planteamiento: la pasión nos

<sup>4</sup> William SOMERSET MAUGHAM: *Carnet de un escritor* (Trad. M. Bosch) (Barcelona, 1951).

<sup>5</sup> Vid. *Unamuno y el paisaje de España*, en *Estudios y ensayos de literatura contemporánea* (Madrid, 1975), pp. 165-166.

<sup>6</sup> En ocasiones el pesimismo de la obra me hace pensar en obras de otro talante, pero que pueden relacionarse con ésta. La tristeza española de los mediadis 70 (emigración, despoblamiento, región deprimida) me evoca a Andrés SOREL: *Castilla como agonía* (Madrid, 1975). Amarga conclusión, hasta en la frialdad estadística: «el futuro ha comenzado, desaparecer es el final».

ha llevado al hombre y el hombre a la historia. Y vuelvo al noventa y ocho: no hay Historia, sino historias. Aquellas criaturas que se van ensartando por el sutil hilillo del amor, juntas, mantienen su insobornable independencia, pero yuxtapuestas constituyen una página grande de historia o una página de la Historia grande. Como en esas novelas —y Delibes ahora no la ha querido escribir— en que un personaje ocupa sólo dos páginas del relato, pero se une a otras dos independientes, y éstas a otras, y éstas a otras, y así hasta que entre los dedos no tenemos la estampa más o menos costumbrista, sino la vida total de una gran ciudad en un momento determinado <sup>7</sup>. Técnica novelesca, o cinematográfica, o sociológica. Sin pretenderlo, y en esa aparente —y cierta— objetividad lo que se ha hecho es lisa y llanamente historia verdadera, la más difícil de todas, porque no se ha escrito con ira, sino con amor hacia pobres seres de los que nadie suele acordarse y de los que ningún provecho podrá conseguirse. Pero basta con lo que el cronista, andariego, cazador o lo que sea arroja ambostada tras ambostada: ciencia de amor. Lo demás se le da por añadidura <sup>8</sup>.

Un día, en el verano de 1982, nos reunimos en Málaga novelistas y críticos. Miguel Angel Asturias empezó así su contribución: «Vamos a tratar del aporte, o aportes, de la novela y del uso de sus materiales por la ciencia que, esta vez, poned atención, no va a manejar hechos, sino ficciones» <sup>9</sup>. Acaso no podamos decir que ésta es una idea totalmente nueva; más aún, ni siquiera hace falta que lo sea. Porque el lugar común vale por ser experiencia repetida o, si se prefiere, la reiteración de unas constantes de puro repetidas hace que se admitan sin discusión <sup>10</sup>. Porque —tal vez— no tienen la posibilidad de ser discutidas. Mil veces se ha estudiado la sociedad en las obras de Lope o de Cervantes <sup>11</sup>, la política en el teatro de Corneille <sup>12</sup> o el valor social de los sermones <sup>13</sup>. Cierto que podemos ver: estas mismas cosas en los relatos novelescos; más aún, en ellas (o en la creación literaria, para no pecar de cicateros) aprendemos mil cosas que la Historia no nos dice o que se silencia porque padecieron los avatares gentes que poco pesaron sobre la grama. ¿Y no es lo mismo lo que nos denuncia un viejo cuadro? *Los Santos Inocentes* o *El disputado voto del señor Cayo*, más de una vez alimentarán a los libros de sociología o a los de historia actual, como han servido ya para conocer procesos lingüísticos que de otro modo no

<sup>7</sup> Vid. *Novela y cine*, en los *Estudios* citados en la nota 5, pp. 296-299.

<sup>8</sup> Enzo PACT: *Kierkegaard vivo y significación genuina de la Historia*, en *Kierkegaard vivo* (Madrid: Trad. A. P. Sánchez, 1973), p. 96.

<sup>9</sup> *El aporte de la novela a la sociología*, en *Novela y novelistas* (Málaga, 1973), p. 141.

<sup>10</sup> Antonio FONTÁN: *Los tópicos y la opinión* (Madrid, 1956).

<sup>11</sup> Basten como referencia las dos obras que don Ricardo del ARCO dedicó al despojo de referencias en ambos clásicos.

<sup>12</sup> Georges COUTON: *Corneille et la tragédie politique* (París, 1984).

<sup>13</sup> Miguel HERRERO: «Nueva interpretación de la novela picaresca», en *RFE*, 26 (1937-40), pp. 343-362.

conoceríamos <sup>14</sup>. Y estas páginas de *Castilla habla* son, antes que nada, intrahistoria o, digamos con menos arrequives librescos, vidas menudas sobre las que se proyecta la Historia y que la sustentan. Remacho: Unamuno separó hombres de paisajes y trazó las dos andaduras disidentes; Delibes, tan adelante su tarea de creador, ha desgajado sus ramas y ha creado un libro que podría evocar técnicas novelescas (las vidas que se pueden unir en un momento y que luego se disocian, los retazos vívidos que se sueldan en la vida colectiva), pero que, al ser treinta y dos improntas sin conexión, nos permiten asomarnos a esa colección de vidas sorprendidas en un solo momento, el que el autor ha creído que mejor lo caracterizaba, y lo que era un cuadro ha pasado a ser sinfonía acabada. ¡Cuán lejos del costumbrismo! Aquí la verdad que cada tipo y su presencia en la tierra que lo cobija. Pero aún no sabemos lo que es este libro, pero lo cercamos con nuestros tanteos.

Pero he dicho que es también un libro dramático, incluso reduciendo la palabra a lo que es teoría teatral. Comentando *L'essence du théâtre*, de Henri Gouhier, Gaston Baty escribió palabras que ahora nos convienen: «Tout ce qui est, est matière dramatique [...]. Il ne s'agit pas de parler de tout cela, mais de rendre tout cela sensible». La visión que Delibes nos da de Castilla convierte a su materia en criatura sensible. (Luego volveré sobre ese *hablar* del narrador.) Criatura sensible para nosotros, sensible en sí misma. Es la Castilla real que conocemos y que, en su pobreza y en su sobriedad, amamos apasionadamente. La Castilla que hace a sus hombres y los devora porque ninguna otra cosa tiene para sí: el mito de Saturno actualizado y redivivo, cierto y veraz, como las palabras que sirven para narrarlo. Y, sin embargo, no estamos ante unas pinturas negras. Recuerdo el viaje memorable de Emile Verhaeren y Darío de Regoyos: llegaban a los pueblos cuando el lubricán se había tendido y todo cuanto acertaban a ver eran lobregueces y tétricos fantasmas <sup>15</sup>; tampoco es la visión de Solana, con sus gentes zafias y los chafarrinones de las ferias pueblerinas <sup>16</sup>. No. Esta es una Castilla que carece de recetas para que salga la España negra; es la vida, lisa y llanamente, la vida como es: llena de ternura, si encarta encontrarnos con el señor Luis y la señora Victoria; pedante, si se nos tercia Salvador de la Viuda; respetuosa, si cuadra José Delfín Val, o astuta, si se llama Florencia López. Podríamos seguir enumerando posibilidades. Que baste con éstas: la imagen de la vida, que por ser sensible nos acomoda a una realidad que pinta cómoda o incierta, pero a la que no podemos condicionar con nuestros propios deseos. Y que, además, rebasa cada una

<sup>14</sup> «Lengua y habla en las novelas de Miguel Delibes», *Bulletin Hispanique*, 85 (1983).

<sup>15</sup> Vid. *La España negra*, de Emile VERHAEREN y Darío de REGOYOS (1899). Uso la reimpresión de Madrid, 1965.

<sup>16</sup> Camilo José CELA: *Obra literaria de José Gutiérrez Solana* (Madrid, 1961). Las referencias que hago en el texto proceden de *Dos pueblos de Castilla*.

de esas contingencias ocasionales para darnos una visión total de lo que es, por encima de la posibilidad de cada uno de sus hijos. El dramatismo se ha logrado con sólo contar unas verdades que no nos dejan indiferentes, porque no podemos ser insensibles a la condición del hombre; gentes que viven sus peripecias cotidianas en un medio hostil al que domeñan o en el que sucumben, sin la posibilidad de evasión. Aquellas gentes que un día buscaron su fortuna en la otra banda del mar o en la evasión celeste por encima de los berrocales. ¿Y hoy? Ya no hay Américas que descubrir y, alevosamente, les han cercenado las alas de la fe. Desazona la sed del señor Pedro y los conejos que ya no tiene Pepe el Cepero y la ruina de Darío Espinosa y el vencimiento de Eusebio el Listezas. ¿Para qué seguir? No cabe el gesto altivo de jugarse la vida a una sola carta, sino el heroísmo de vivir la penuria de cada momento intentando salir adelante con un viejo molino de caz y rodezno o con la esperanza dorada de los girasoles. Leyendo el libro de Delibes uno piensa en la grandeza perdida, pero piensa también en esa grandeza de no desertar, ni siquiera cuando la tierra no ofrece nada a cambio. Cierto que por aquí no pasan capitanes como Luis de Oñate o Vázquez Coronado, o Gaspar de Villagrán, por estas tierras de santos y de cantos hace mucho que no se siente el leve peso de las sandalias carmelitas, pero Rubén diría que a un presidente de Estados Unidos no se le puede cantar con los mismos versos que a Heliogábalo<sup>17</sup>, y tenía razón.

Estas vidas menudas y sin historia nos han hecho sentir el drama del serpear cotidiano. Iguales los hombres, la alimañas y los pueblos. Como una maldición bíblica cae sobre todo lo creado. El señor Pedro atiza el fuego y sus últimas palabras son de claudicación sin esperanza: «Los chicos están conmigo, a ver, pero porque no encuentran un agujero donde meterse. Si no, ¡de qué! aquí no paraban ni las ovejas»<sup>18</sup>. La agricultura se ha igualado y se han perdido las especies que diferenciaban unos pueblos de otros, como aquel trigo de Campaspero que se lo rifaban: «Que, ¿por qué? Pues porque era de páramo, hombre, y ya es sabido que el trigo de páramo tiene más harina, es más migoso, la granazón sale más tiesa, más dura, ¡qué sé yo! Pero como el trigo de Campaspero ya le aseguro yo que no le había»<sup>19</sup>. Ha desaparecido el cangrejo de patas blancas, y el hombre «en estas tierras desamparadas está ya tan hecho a la adversidad, tan habituado a los reveses ecológicos, que decir adiós a una especie más —sea de aves, mamíferos o reptiles— no le desazona; se diría que entra en el juego cotidiano de lo posible y aun de lo lógico»<sup>20</sup>. Sedano, el pueblo de adopción del cronista, agoniza en la voz de Darío Espinosa: «¿Sedano dentro

<sup>17</sup> *Palabras liminares de las Prosas profanas.*

<sup>18</sup> *Castilla habla*, p. 16.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 163.

de veinte años? Como siga así, nada, oiga; pero nada de nada. Si hoy tiene setenta vecinos y cuarenta pasamos ya de los setenta años, usted me dirá qué porvenir le aguarda. Jóvenes no hay, o, por mejor decir, no cría uno, así es que el pueblo se va a pique, no tiene solución. Pobres éramos, pero se vivía»<sup>21</sup>. *Panta rei*. Sí, nada permanece, ni en la muda soledad de los trapenses: «Antiguamente nos hacíamos en esta casa hasta el calzado, hoy lo compramos hecho. Aun lamentándolo, en una u otra medida en nuestros días nadie puede sustraerse a la sociedad de consumo»<sup>22</sup>. Horacio diría «laudator temporis acti»<sup>23</sup>, y Miguel Delibes está con él. También en esto la sensibilidad del libro. Su dramatismo, su sofocada y lacerante tragedia.

Lo decía al principio: este es un libro angustioso, con un reverdecer de ansias españolas. Ya no extraña mi tercer postulado. Corolario y consecuencia de lo que he comentado. Yo diría que es un libro noventayochista. Algo así como un salto atrás en nuestra historia, porque la vida de España no es un seguro caminar, sino un incierto andar y desandar. Acaba el siglo XX y sentimos en nuestros pulsos el latir disconforme de hace un siglo o las preocupaciones acuciantes que desazonaban a nuestros mejores hombres del siglo XVIII. Pero una vez se puede apostar por la esperanza, y una segunda, ¿también una tercera cuando todo marra? Miguel Delibes es un hombre castellano («Villa por villa, Valladolid de Castilla»), y al hablar de sus tierras arranca con gallardía en la primera página de su libro: «Una región que en el pasado alumbró mundos y que hoy se nos muestra achacosa, mal comunicada, pagana de un incipiente desarrollo, siquiera la incompreensión periférica haya venido considerándola en el último medio siglo, como expresión del centralismo español»<sup>24</sup>.

Delibes tiene una parte de razón, sólo una parte, porque en el siglo XVI vino a nuestra patria el embajador Guicciardini, de la señoría de Florencia (1512-13), y anota con sorpresa:

El Reino de Aragón no sirve con sus tributos al rey, pues con arreglo a anti-  
quisimos privilegios no le paga casi nada, y no sólo disfruta inmunidades acer-  
ca de este particular, sino que aun en los asuntos civiles y criminales se apela  
de los acuerdos del rey, el cual no tiene autoridad para resolverlos, hasta el  
punto que la Reina doña Isabel, harta de tantos privilegios y libertades, acos-  
tumbra a decir: «Aragón no es nuestro: menester que vayamos de nuevo a  
conquistarlo.» No sucede así en Castilla, cuyos pueblos pagan bastante y en  
los cuales la palabra sola del rey es superior a todas las leyes<sup>25</sup>.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 27.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 101.

<sup>23</sup> *Ars poetica*, v. 173.

<sup>24</sup> *Castilla habla*, p. 9.

<sup>25</sup> *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta finales del siglo XVI*, recopilación, traducción, prólogo y notas por J. GARCÍA MÉRCADEJ. (Madrid, 1952-62), t. I, p. 619. En los libros científicos las mismas observaciones «Los reinos de Castilla y de toda índole de todo el Imperio, y los demás Estados, contribuían en escasisima proporción»

Castilla se dejó sus muertos por toda la tierra conocida. Ya sé qué dirán los hebenes de hoy, pero también ellos pertenecen a la Historia que un día los juzgará en su valle de Josafat. En la historia (con *h* o con *H*) no hay valores relativos y sólo cuentan las monedas de sangre. lo dijo León Felipe, que nació por las tierras que Delibes ama tanto. Y yo añadiría que un muerto en Rocroy, y otro en Ceriñola, y otro en las calzadas de Tenochtitlán, y otro en los hielos del Aconcagua, y otro... valen más, infinitamente más, que todas las onzas de azafrán que los mercaderes puedan vender en Frankfurt. Y lo que Delibes nos da en el último retazo del heroísmo, el que, exhausto, ya no tiene fuerzas ni para morir de un golpe. Y, sin embargo, estas criaturas desgraciadas superan el noventayochismo del libro, porque lo superan. El narrador de hoy cuenta cómo sus abuelos hubieran contado, ve limpiamente lo que ellos hubieran visto y ama lo que ellos amaron. No está mal para dar continuidad a nuestra cultura. Pero se aparta de los abuelos. De ellos aprendió cuanto de bueno podía aprenderse, pero se apartó —como ha hecho en otras cosas— de lo que no le cuadraba, y es el último hombre del noventa y ocho, porque su visión supera a la de todos ellos. Caracterizo, no juzgo, porque la objetividad no suele acompañar a las valoraciones. Me siento cerca de los hombres del 98, pero sólo alcancé a visitar un par de tardes a *Azorín* en su casa, muchas veces estuve con don Pío Baroja y viví unos días en Itzea con don Ricardo. Sin embargo, Miguel Delibes es mi amigo. Queda dicho. No quiero juzgar, sino caracterizar. Julio Senador <sup>26</sup> era un arrastre de lo peor del 98: atrabiliario, injusto; Delibes es la superación del mejor 98: amor, fidelidad. Incluso hacia el hombre, al que las gentes de fin de siglo veían como perturbador del paisaje. El narrador de hoy va más lejos: integra a las criaturas en su paisaje y las siente con ternura. Que lo digan estos treinta y dos personajes o que lo digan esas criaturas que, en sus novelas, se llaman Azarías, Tomás, Pacífico, el Tiñoso, Daniel, la Vitor o de mil otros modos. El hombre se ha integrado en un paisaje al que hace y por el que es hecho. Castilla sin sus hombres ya no es Castilla, ni los hombres son nada sin el ambiente que va alrededor de cada uno de ellos. Y para que nada falte, la protesta contra los politiquillos de tres al cuarto, tan suficientes hoy como hace cien años, como hace más de doscientos, y el pobre pueblo que paga la codicia de

---

(Carmelo de VIÑAS MEY, *El problema de la tierra en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1971 p. 83. Véase especialmente su capítulo IV, «Régimen fiscal»); «Castilla algo se reservó para sí propia, apartándose en ello de los moldes históricos de todos los pueblos creadores de comunidades nacionales. Se reservó el pagar, el dar sangre y riqueza hasta quedarse exhausta» (Miguel HERRERO GARCÍA, *Ideas de los españoles del siglo XVII*. Madrid, p. 94). Vid., I. J. GUTIÉRREZ NIETO: «De la expansión a la decadencia económica de Castilla y León. Manifestaciones: El arbitrista agrarista», en *Actas del Primer Congreso de El Pasado Histórico de Castilla-León* (Burgos, 1983), t. II.

<sup>26</sup> He recordado su muerte en 1962. Sus libros son: *Castilla en escombros* (1915), *La tierra libre* (1918), *La canción del Duero* (1919).

unos, la ignorancia de otros y la estupidez de los demás. Un personaje de las últimas páginas de libro habla y sus palabras me parecen sonar en tornavoz: un día escuchaba a un consejero de agricultura de cierta autonomía. Era en la región que produce más aceite de España y unos caldos singulares dentro de nuestra geografía o de todas las geografías. El prohombre hablaba dogmáticamente: el aceite de oliva es malo para el colesterol, y sólo Francia nos gana en consumo de vino. Resultado: arrancar olivos y viñedos. Uno que no sabe nada de nada le preguntó tímidamente: ¿a tantos españolitos mata el colesterol del aceite? ¿Ha visto usted muchos borrachos por nuestras calles? Paséese por Inglaterra o Alemania en los fines de semana, pero lo moral tampoco me preocupa demasiado. Mire, según los recuentos del vocabulario, las enfermedades más comunes entre los franceses son las de hígado, y entre los españoles, las de estómago. Puestos a preocuparnos por la salud pública, ¿no habría que ver si los franceses tienen mal vino y nuestros garbanzos son malos de cocer en el buche? Y aquel joven tan impetuoso ignoraba algo que tenemos bien aprendido los que nos dedicamos a este inútil oficio mío: en los recuentos del vocabulario español, *empezar* aparece tres veces más que *acabar*. Lo malo es que al arribista de turno le dé por poner en práctica sus ideas y empiece a talar olivares y a descepar viñedos, pero como él no acabará... Toda exégesis eludido, o como me dijo un día un colega en Taipei: «Aquí los políticos tienen que ser viejos, porque si no, cualquiera de nosotros le diría: “Joven, los puentes que yo he cruzado son más largos que todos sus caminos.” Lo que en Guarrate, provincia de Zamora, podría sonar así: “Sería una pena que estas viñas, a lo mejor con ciento treinta años encima, desaparecieran. Porque esto del Mercado Común puede ser eterno, pero también puede acabarse mañana, ¿o no? El ministro habla de mejorar, pero yo entiendo que estas cepas son inmejorables, y esto se lo discuto yo al ministro y al lucero del alba. Es como lo de arrancar majuelo, porque las parras tienen muchos años. Pues, mejor que mejor, ¿no?, ‘buen vino, cepa añeja’, ya se sabe”»<sup>27</sup>. La perorata sigue con no pocas buenas razones, pero «aquí, como dice mi vecino, lo que falta es un director de orquesta». Porque arrancar viñedos no disminuirá la cantidad de alcohol que trasiegan los celtíberos: asusta ver a mozuelos de Instituto succionar el «biberón» de cerveza, y a los grandes con el «glace» del whisky, como diría el papá de *El príncipe destronado*. Lo que posiblemente no saben el vecino, ni el Wenefredo, ni el ministro es que hacia 1570-1580 la economía agraria de Castilla la Nueva dio prioridad a los cereales y viñedos sobre la ganadería, que había sido tradicional, lo que permitió que se acrecentara la población y no sólo en Valdelaguna (Madrid), sino en todo el Reino de Castilla y de León. Quien sabe de esto como pocos escribió: «El cultivo de la viña, más que el del trigo, fue la punta de lanza de esta ofensiva de la agricultura [...]. Lo cierto es que, a

<sup>27</sup> *Castilla habla*, p. 186.

finés del siglo XVI, por toda Castilla se artiga para plantar vides»<sup>28</sup>; acrecentado también el cultivo del olivo<sup>29</sup>, surgió un tipo de economía que no va a ser fácil sustituir, ¿por qué? No por una ganadera, que es imposible, sino por nuevas producciones. Miguel Delibes habla de los girasoles; su geografía es más amplia de lo que sabemos por este libro, pues se extiende por Castilla la Nueva y por anchas, dilatadas, zonas de Andalucía; sin embargo, produce nostalgia cambiar un vaso de vino por unas semillas tostadas o encontrarse unos boquerones andaluces cocidos en aceite de girasol. Eduardo Gómez cree en los nuevos cultivos, pero entreverá su complacencia con la incertidumbre aún amagando: «Ya veremos lo que pasa para este año»<sup>30</sup>.

Nos vamos aproximando a lo que son estas páginas. Creo que con lo dicho, que no es poco, nos acercamos a los problemas que podrían caracterizarlas. Con menos palabras que yo lo dijo el autor: «Este libro no es una novela, pero tampoco un estudio científico, apoyado en datos y estadísticas, sino algo a mi juicio más elocuente: un libro vivo donde la realidad castellana nos es expuesta por sus propios protagonistas, los más humildes vecinos de nuestros pueblos y aldeas»<sup>31</sup>. Recojamos el hilo que dejamos suelto en el cadejo: páginas atrás he hablado de interdisciplinaria, horrenda palabra que no cabe ni en un octosílabo. Digamos, puesto que el libro no es un libro científico, que esos más de treinta relatos participen de lo que la vida es: complejidad, diversidad, múltiples quehaceres y mil formas de hablar. Pero aquí se me plantean nuevos problemas. Delibes dice que no tiene estadísticas ni datos, y yo pregunto: ¿para qué? La certeza no las necesita: esos pueblos en ruinas, esas especies desaparecidas, esas gentes que sólo esperan la dally de la muerte, ¿serían más o menos porque tuviéramos unos números? En el siglo XVIII, siglo que nos ha preocupado, Georges-Louis Leclerc, Comte de Buffon, lo había dicho en el primer discurso de su *Historia Natural*: «En las ciencias abstractas se va de definición en definición; en las ciencias reales se camina de observación en observación. En las primeras se llega a la evidencia; en las últimas, a la certeza.» Si nos acogemos a estas especulaciones estamos en una certeza obtenida por esas mil observaciones, pero éste es un proceder científico, y al plantear esta cuestión de forma no puedo sustraerme de lo que es mi propio quehacer. No porque sea mío, sino porque a él ha llegado la sabiduría de los demás.

El libro pertenece a ese mundo heterogéneo al que se llama antropo-

---

<sup>28</sup> Noël SALOMÓN: *La vida rural castellana en tiempos de Felipe II*. (Barcelona: Trad. F. Espinet, 1973), p. 70. Sobre temas afines, vid. Alfredo ALVAR: *Madrid en el siglo XVII: entre el anacronismo y la realidad*, en la obra *Madrid en el Renacimiento* (Madrid, 1986), pp. 11-47.

<sup>29</sup> *Castilla habla*, p. 59.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 43.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 9.

logía cultural. Algo que cuenta con no pocos, e importantes, antecedentes. Un hombre narra su vida y el investigador —objetivamente— transcribe. Puede ser un indio yahí <sup>32</sup>, un negro cimarrón <sup>33</sup> o un campesino andaluz <sup>34</sup>; hoy el magnetófono gira impasible y se van grabando cintas y cintas para que quede recogida la historia de unas familias mejicanas <sup>35</sup>. Se ha dicho que así se han cosechado diálogos que luego pasan a los relatos, con lo que la novela —una vez más— es un trasunto fiel de la realidad. Dentro de estas posibilidades metodológicas se inscribe *Castilla habla*. Castilla es el conjunto de esos treinta y tantos personajes que cuentan un aspecto parcial de su vida; las piezas ensambladas son el hombre de esta región variorpinta o, si se quiere, la vida total de una tierra. Vida, porque sin el hombre habría geología, superposición de estratos insensibles, pero no un complejo sistema de las relaciones internas (el individuo) con las externas (la circunstancia). El autor ha escogido un conjunto variado de seres, y con ellos nos da una visión completa de aquello (no de otra cosa) que quiere estudiar. En el mismo procedimiento que siguen las ciencias sociales y que nosotros practicamos en la geografía lingüística. Me interesa señalarlo: el investigador va provisto de un cuestionario en el que se han recogido los motivos que puedan interesar, sean testimonios de cultura, sean, más ceñidamente, elementos lingüísticos. En este punto pueden coincidir lo que se llama etnografía o antropología con lo que se llama dialectología, incluso poseemos la fórmula abarcadora: *Wörter und Sachen* o *Palabras y Cosas* en su versión española. Cientos de estudios nos hablan desde su propio enunciado: *Palabras y cosas de...* <sup>36</sup>. Tomemos el capítulo XXXI del libro: *Hornillos y dujos*. Lo elijo porque en todos nuestros atlas hay un apartado que se dedica a la apicultura, y es un tema que ha preocupado a los romañistas desde antiguo <sup>37</sup>. El señor Cayo nos habló de estas cosas y nos vuelve a decir Jacinto de Diego, el ochentón que lleva metidos sesenta años de su vida en este campo. El dialectólogo anota: hay “colmenas verticales” a las que llaman *dujo*, otras horizontales u *hornillos* y las *movilistas*. El “colmenar” se llama *hornillera*; el “conjunto de abejas”, *enjambre*, y la “formación de los enjambres”, *enjambrazón*; los machos son los *zánganos*, y las ordenadoras del trabajo, *reinas*; *tetón* es lo que en otros sitios dicen *jabardillo* o “racimo grande de abejas”, que ha sido arrojado de la colmena y ha huido con una reina derrotada. En torno a este vocabulario están la *escriña*

<sup>32</sup> Vid., por ejemplo, Theodra KROEBER: *Ishi in two Worlds* (Berkeley, 1961).

<sup>33</sup> Miguel BARNET: *Biografía de un cimarrón*. Barcelona, 1968.

<sup>34</sup> Alfredo NÚÑEZ: *Biografía de un campesino andaluz* (Sevilla, 1978).

<sup>35</sup> Por ejemplo, entre otras obras del mismo autor, Oscar LEWIS: *Antropología de la pobreza. Cinco familias* (1.ª Edic. española, 1959) (México, 1965).

<sup>36</sup> Jorgu JORDAN: *Lingüística romántica*, relaboración parcial y notas de Manuel ALVAR (Madrid, 1967), pp. 103-128.

<sup>37</sup> Cr. W. BRINKMANN: *Bienestock und Bestand in der romanischen Ländern* (Hamburgo, 1938).

y el *chamo*, que faltan en el *DRAE*; el humo se hace «con un bote o un puchero con un agujero en el culo»<sup>38</sup>, que va siendo sustituido por el *humeón*. *Catar* es “castrar las colmenas” y, se añade, se sacan quince kilos de miel por cada colmena, si es que no entran los enemigos de la abeja: el *picarrelincho* [= “pájaro carpintero”], que se come a las abejas; el *garduño*, que chupa la miel, y el *lagarto*, que, en los dujos de pie, se come las abejas que entran por la piquera. El dialectólogo hace algo parecido, aunque en su trabajo sigue un discurso diferente: para él, los problemas sociales quedan fuera de la geografía lingüística, aunque pregunta con orden y concierto y lleva su cuestionario con las palabras bien trabadas para que no haya desbarros. Es lógico, el etnógrafo hace una cosa y el lingüista otra, aunque en este momento se hayan encontrado. Al leer el libro, las palabras se han ido anotando para su estudio, pero las diferencias de intereses se manifiestan. Pongamos un ejemplo“.: el mapa 745 del ALEANR<sup>39</sup> es la “colmena”. Sus nombres son *caja*, *cepo*, *cueza*, *colmena*, *vaso*, en Logroño; *colmena*, *naza* o *vaso*, en Navarra; por Aragón, *abejar*, *arna*, *colmena*, *horno de miel*, *vaso*. Pero el dialectólogo es tan escrupuloso como el narrador y anota las variantes de la «cosa» que puede encerrarse tras cada «palabra» y aun traza otro mapa para saber que en cada punto de los estudiados la colmena es de mimbre, o de tronco de árbol, o de cañas recubiertas con barro, o de varas de avellano forradas de boñiga, o de corcho, o de albañilería. Y en otros mapas se hacinan cientos y cientos de palabras para nombrar a la *piquera* o “agujerillo para que entren y salgan las abejas”, a *la abeja reina*, al castrar, al *jabardo* o “enjambre pequeño”, al *panal con o sin miel*, a la *miel virgen*, a la *castradera*, al *ahumador* y aún se añaden diecisiete fotografías para que las cosas queden claras. Hemos hecho otra cosa de la que Delibes se ha propuesto, pero estamos próximos: la realidad se ha recogido con otros menesteres, pero con el mismo amor a las cosas, a los hombres, a las tierras de España. Y el dialectólogo se emociona al leer este libro, porque él, lo ha dicho otras veces, no ha sido otra cosa que el notario que levanta acta de lo que una criatura (con su nombre y apellidos), un día (con la fecha bien clara), en un pueblo (del que para siempre se acordará de su nombre), dijo para que aquel hombre venido de fuera (el dialectólogo) salvara las palabras para siempre, porque, ¿quién si no iba a escribirlas? Y el dialectólogo que ahora se emociona con el libro de Delibes y otros dialectólogos que con él trabajaron han transcrito (no, no hay error) sus buenos cinco millones de palabras para que nunca se pierdan.

Pero *Castilla habla* es más, sin dejar de ser lo que es. Porque como es vida, a la vida se dirige. He copiado unas cuantas palabras y resulta que *hornillo* no consta como “colmena” en el *Diccionario* de la Academia (aun-

<sup>38</sup> *Castilla habla*, p. 9.

<sup>39</sup> *Atlas Lingüístico y etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (Zaragoza, 1979-1983), 12 volúmenes.

que sí *horno* en las acepciones 6.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup>), ni *escriña* (*escriño* es "cesta o canasta fabricada de paja"); son desconocidas *chamo*, *humeón* y no creo que pertenezcan a la lengua común ni *catar*, ni *enjambrazón*, ni *picarrelinchos*. ¿No es esto lo que, por otros andurriales, también descubrimos los dialectólogos de campo? El novelista Miguel Delibes ha entrado en la cofradía menesterosa y mendicante de los dialectólogos, porque al hacer lo que ha hecho y decir lo que ha dicho, ha aportado las pruebas suficientes para pertenecer a la orden. Las pruebas son unas pocas palabras que nosotros aducimos para curarnos de vacuidades y barroquismos: «Las voces aparentemente elementales de un pastor, un caracolero, unos modestos labradores, un molinero, un capador, un piñero, etc., aparte su riqueza de expresión, que ha procurado conservar intacta, apuntan con frecuencia sabiamente a los ancestrales problemas de Castilla y León»<sup>40</sup>. Yo he trabajado por otros pagos: Navarra y Aragón, La Mancha y Murcia, Andalucía y Canarias, Asturias y Galicia, América (me dejo las Baleares y Marruecos), y, sin embargo, en todos los sitios he aprendido grandes lecciones de amor y patriotismo de gentes dejadas de casi todas las manos. Esas gentes con las que tanto me he identificado allí donde con mi cuestionario y mi impertinencia voy a recoger palabras. Tal vez porque la primera vez que salí a hacer encuestas por Andalucía, me perdí por el monte yendo de Castell de Ferro a Gualchos: me recogió una tropa de capadores, cagarraches y gitanos. Las cosas quedaron claras, pues yo no era tinterillo de abastos. Pasé horas y horas con aquellas criaturas de Dios que me enseñaron a hacer ensalada de naranjas y abadejo y me instruyeron en las matas del monte o en el arte de capar marranos. Horas y horas de saberes que nunca hubiera aprendido en los libros ni en las reuniones sociales. (Sin embargo, recién llegado a Granada, a mis veinticinco años, me quedé dormido como un tronco en casa de un banquero. Tal vez aquel sueño cambió mi vida, y sigo durmiéndome a las diez de la noche. No es, pues, decrepitud senil.)

Pero ha salido otra labrada clave para entender este libro: el cuestionario<sup>41</sup>. Delibes se ha enfrentado con una realidad compleja y ha querido recogerla. Ha buscado las gentes de viejos oficios, de menudas actividades, de espíritu renovador o conocedoras de fiestas populares. A cada una de ellas le ha preguntado por lo que es de su incumbencia, tal y como hacemos nosotros. Luego ha hecho las encuestas. No nos dice cómo fue su trabajo, pero lo intuimos a lo largo de mil ocasiones que figuran en el libro. Hay unas conversaciones subyacentes por más que sólo consten las respuestas: Alfredo Rodríguez habla de los palomares y dice que él echa «en el corral las barreduras de la era, en el cubierto, bajo la paja, y ellas [las

<sup>40</sup> *Castilla habla*, p. 9.

<sup>41</sup> Para los dialectólogos, una obra que va quedándose vieja: Sever POP: *Bibliographie des questionnaires linguistiques* (Louvain, 1955). Y para los etnógrafos, Robert CRESSWELL y Maurice GODELIER: *Outils d'enquête et d'analyse anthropologiques* (Paris, 1976).

palomas] se entretienen escarbándolas y comiendo. Claro, que bajan palomas de otros palomares, pero eso ya se tiene en cuenta, no se puede evitar»<sup>42</sup>. Las palabras que he subrayado responden a una pregunta, algo así como «¿Pero y no se comen las barreduras las palomas que no son suyas?» Veamos otro caso: el señor Luis habla del frío invernal; la leche se conservó en un accidente, precisamente, por las bajas temperaturas; el cronista preguntaría: «¿Son tan crudos los inviernos?» Y el ganadero respondió: «Muy crudos son los inviernos aquí, sí, señor. No queda otro remedio que amarrar las vacas»<sup>43</sup>. El alfarero de Arrabal del Portillo discurre sobre su oficio: «Porque el fuego, conforme es el horno, tiene que ser como llama, y para eso nada como el burrajo, que el burrajo da mucha llama y poca fuerza. Gastar, claro que gasta, y mucho, ponga usted por lo bajo dos galeras de tamuja»<sup>44</sup>. Se sobrentiende: el hombre habla del burrajo o estiércol seco de las caballerías empleado como combustible, y el interlocutor quedaría sorprendido: «¿De dónde sacar tanto estiércol, si el fuego consume mucho?». Y la respuesta coherente: «Gastar, claro que gasta...»

Estamos con un método de encuesta que también conocemos los dialectólogos. Lo inventó allá por 1919 un investigador francés, Antonin A. Duraffour, cuando trabajaba en Vaux-en-Bugey<sup>45</sup>. Más de veinte años tardó en recoger todo lo que buscaba, pero el procedimiento le resultó útil. Un pretexto cualquiera, la hierba cortada el día anterior, las colmenas del jardín, le daban pie para empezar la conversación que duraba tanto como el ánimo del informante; si languidecía o callaba, el investigador motivaba otra respuesta y la conversación se alargaba<sup>46</sup>. Y así hasta que el dialectólogo creía haber agotado el tema. El método lo sigue Delibes en su libro, como lo seguimos nosotros cuando queremos obtener unos datos menos rígidos que los que da un cuestionario (entonación, fonética sintáctica, etc.) o cuando queremos tener algo más que esos millones de palabras transcritas. Llorente, Salvador y yo nos hacíamos contar las habilidades del informante, y hemos hecho un libro lleno de color y de vida sobre Andalucía: el descorchar alcornocques, el año agrícola, el cuidado de las abejas o las faenas de la siega y, también, las fiestas del lugar, el toro ensogado o los chascarrillos más comunes. ¿No es esto mismo lo que Delibes ha buscado por Castilla? El da una lengua que procura «conservar intacta»: nosotros la hemos transcrito fonéticamente, y es la primera vez que un libro da —tan en vivo— las modalidades lingüísticas de una región<sup>47</sup>. Vol-

<sup>42</sup> *Castilla habla*, p. 50.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 76.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 122.

<sup>45</sup> El pueblo no llega, ni con mucho a los 700 habitantes y pertenece al departamento de Ain, junto al ferrocarril Lion-Ginebra.

<sup>46</sup> Sever POP: *La dialectologie*, t. I, pp. 201-202.

<sup>47</sup> Pilar GARCÍA MOUTÓN y yo hemos preparado las transcripciones de los exploradores y el libro se titula *Textos andaluces en transcripción fonética*.

veré a decir, ¿por qué *Castilla habla* es un libro emocionante? ¿Por qué los lingüistas tenemos que recurrir a él una y otra vez?

Llego al final, pero tengo que volver al principio. ¿Qué es este libro? Para quien lo lea sin otra preocupación que la de leer, una visión nueva de Castilla; para quien sea historiador de la literatura, el arte de novelar para crear estructuras superadas desde fragmentos caleidoscópicos o la disociación del relato en historias individuales y ambientes acogedores; para el dialectólogo, una colección de encuestas dirigidas con sus buenas dosis de palabras y cosas; para un lexicógrafo, un venero riquísimo de palabras vivas; para un sociólogo, el testimonio de la realidad desde la perspectiva del «sujeto»; para un etnógrafo, la información detallada de unas cuantas parcelas del mundo; para un psicólogo, el alma individual como reflejo de conductas colectivas; para un... Basta ya. Alguien dirá que éste es un libro extraño, y tendrá razón, porque la verdad es más sorprendente que las ficciones que podemos inventar; por eso es un libro apasionante y de lectura ansiosa. Acaso el sagaz de Bernard Shaw tenía razón cuando decía que la verdad es la cosa más divertida del mundo. Tenía razón, aunque no apuntara a este blanco. Este es un libro veraz en cuanto a sus problemas, en cuanto a sus gentes, en cuanto a su discurso. Acaso se me diga que un necio provisto de un magnetófono podría escribir otra obra como ésta. Fácil respuesta: ni el excursionista hace arte con su cámara fotográfica, ni sabe transcribir el estudiantillo cargado con una grabadora. En uno y otro caso, y en otros muchos casos, se impone la palabra *selección*; para el artista, que elimina lo superfluo, y para el científico, que no se pierde en caminos errados. Tal vez sea la gran lección de este libro tan fácil: haber sabido escoger para contar, y elegir para el modo de contar. Es lo que no harán nunca una máquina ni un necio. Porque, incluso para decir verdades, es necesario tener la perspectiva que da el conocimiento del corazón humano. Sencilla fórmula que vale para estas hojas: el hombre, su verdad, la maestría del narrador. Así es muy fácil escribir buenos libros. Y entonces acaso no están tan lejos todas las cosas que hemos visto mezcladas y que, deliberadamente, he mezclado con otras para que leyéramos con claridad.